Cuentos, Poemas y Más....

40 años de Democracia

Edición - Memoria

Plan Provincial
de Lecturas
y Escrituras

Ilustración: Cecilia Codoni

La Torta del 14 de Febrero

En la Casa de las Abuelas todos sabían que Nélida no faltaba nunca. Ella era algo así como la secretaria perfecta, la compañera siempre lista, sin duda una de las columnas del funcionamiento de la Casa. Nélida sabía todo lo que había para saber, estaba al tanto de cada caso, atendía los teléfonos, mandaba faxes, escribía informes, respondía consultas, recibía visitantes. Infatigable. Precisa. Infaltable.

"No por nada fue maestra, e inspectora de la Caja de ahorros", pensaban las otras abuelas. "Es como Sarmiento, así haya vientos huracanados, lluvias, tormentas, Nélida no falta nunca", se reían, bromeaban con ella, las compañeras.

Aunque no es cierto que no faltara nunca, todo hay que decirlo. Había un día, el día que ella había elegido secretamente, en que Nélida no iba a la Casa de Abuelas. Ese día era el 14 de febrero.
¿Faltaba por el día de San Valentín, el de los enamorados?, quizás se preguntarán ustedes, amables lectores y lectoras. No, nada que ver. El 14, Nélida lo tenía muy claro, era justo el día de la mitad de febrero y, según todos los cálculos, su hija Cristina debió haber tenido a su tercer hijo (o hija) a ***mediados*** de febrero. Entonces, para Nélida, el día indicado era el 14.

Nélida estaba segura de que fue abuela por tercera vez a mediados de febrero de 1977. Su hija Cristina Navajas de Santucho, que ya tenía dos hijos, Camilo y Miguel, muy chiquitos, estaba embarazada de dos meses en julio de 1976, cuando fue secuestrada. Nélida rescató a Camilo y a Miguel de la casa donde quedaron solos, junto a un primito, al día siguiente del secuestro. Allí se enteró, por una carta que su hija le escribía al marido exiliado, que Cristina esperaba a un tercer hijo. Y desde ese mismo día empezó a buscar.

Nélida supo que algunos testigos vieron a Cristina, en diferentes centros clandestinos, con el embarazo avanzado, y varios testimonios hacen pensar que tuvo a su hijo (o hija) por esos días en febrero, casi seguramente en Campo de Mayo.

Desde la fundación de Abuelas de Plaza de Mayo, incluso desde antes, y por supuesto luego, durante treinta y cinco años, Nélida se mantuvo en la búsqueda. En las rondas de la plaza, en las investigaciones, en cada momento en que hizo falta estar. Todos los días, de todos esos años, aun cuando estuviera enferma, sumó su lucha personal a la lucha de todas. Todos los días de todos esos años, menos uno: el 14 de febrero. Ese era el día en que Nélida había decidido que era el del cumpleaños de su nieto, o nieta. Ella estaba convencida, y le bastaba con esa íntima seguridad, de que el 14, justo a la mitad del mes más corto, había nacido su tercer nieto (o tercera).

Y festejaba, a solas.
Y lloraba, a solas.

Y volvía a prender una vela esperanzada, sobre la torta que todos los años preparaba, que todos los años decoraba, a la que iba sumando una vela más, que soplaba cada vez con mayor esfuerzo. Una torta que luego de la ceremonia secreta cortaba prolijamente en porciones que iban a

parar a un táper y eran repartidas, al día siguiente, entre las abuelas, los nietos, los compañeros y amigos que anduvieran ese día por esa Casa de Abuelas que, para ella, no era una institución, sino una extensión de su propia casa.

Nunca le contó a nadie por qué los días 15 de febrero llevaba torta, aunque es probable que más de una de sus compañeras lo haya sospechado. Pero ella no lo decía, ni las otras abuelas se lo preguntaban. Elogiaban la torta, agradecían el gesto. Y comían con ella, que ya no estaba sola ni lloraba, porque con las otras abuelas estaba en familia.

Nélida nunca contó el secreto de la torta, ni siquiera a Miguel, el "Tano", el querido nieto que volvió del exilio para buscar, junto a ella, al hermano o hermana que le faltaba. Pero las tortas, a pesar del silencio, se hicieron famosas. Y hasta le servían de "anzuelo": cuando pasaba un tiempo sin que Miguel la visitara, Nélida horneaba su especialidad, y lo llamaba: "Miguelito —le decía, compradora—, ya hice la torta de ricota y chocolate, para cuando vengas". Y el nieto, infaltable como ella, rumbeaba para la casa de la abuela, a compartir un rato de dulzura.

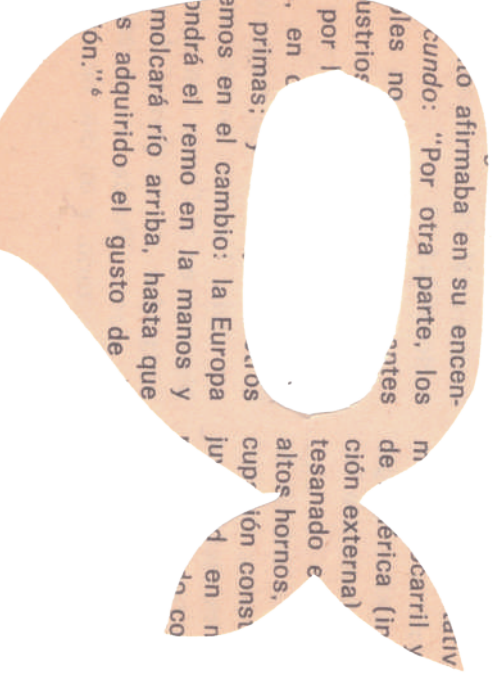
Nélida Gómez de Navajas buscó durante treinta y cinco años, con enorme amor, con dedicación absoluta. Se hizo, en esos años, casi una especialista en genética: no había otra abuela que supiera explicar tan bien qué era el Índice de Abuelidad. Viajó mucho, como especialista que era, entre otros lugares a Europa y a Estados Unidos. Y entre las muchas cosas que hizo, ("cosas un poco raras", decía, con una sonrisa pícara) fue una de las abuelas protagonistas del famoso recital de Amnistía Internacional, cuando Sting, nada menos, la hizo subir al escenario a bailar, con otras compañeras. Las fotos que testimonian el momento inolvidable la muestran feliz, emocionada como una nena en un parque de diversiones, junto al famoso músico, frente a miles de espectadores tan emocionados como ella misma.

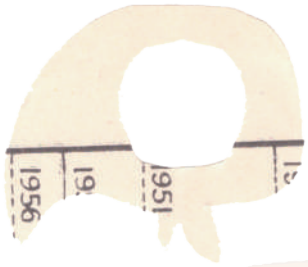
Encontró, en esas tres décadas y media de trabajo incansable, muchos nietos y nietas, los de las compañeras, que eran, también, un poco suyos. Y se alegró con ellas.
Partió sin haber encontrado a la niña o el niño que a mediados de febrero, según varios testimonios, tuvo su hija Cristina. Probablemente un día 14.

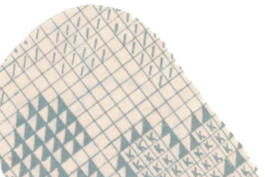
Nélida era cristiana practicante. Creía en Dios, aunque estuviera enojada con esa parte de la iglesia que había mirado para otro lado en la dictadura, que había sido cómplice. Ella, lo decía siempre, amaba a los "curitas" que, sin sotana, lejos de todo boato, se arremangaban para ir a levantar casas en la villa. Esa era su iglesia, ahí estaba su Dios.

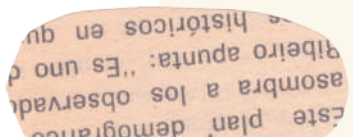
Es muy posible, y si no es posible, es sin dudas deseable, que si ese Dios suyo, en el que creía con fe, la acompaña, ella siga esperando, desde el pedacito de cielo que se ganó con tanta lucha, que su nieta o su nieto un buen día entre en la Casa de Abuelas, para festejar con sus compañeras, que la recibirán como a una nieta o nieto propio, como Nélida recibió en su corazón a tantos y tantas nietos y nietas que quiso como si fueran suyos. Seguramente, ese día del reencuentro, Miguel y las abuelas compartirán con el hermano o hermana reencontrada una porción de torta de ricota

y chocolate, que correrán a comprar para la ocasión, en homenaje a Nélida. Y no importará que no sea tan rica como las que ella hacía con tanto amor.









Nélida Gómez de Navajas

Nélida Gómez de Navajas nació el 23 de julio de 1927 en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Se recibió de profesora de danzas a los 16 años y de maestra de grado, a los 17. Disfrutaba de las fiestas y las reuniones sociales. Su lugar de pertenencia durante la juventud fue el Club Italiano de Caballito, CABA. La mayor parte de su familia seguía en España. Trabajó como docente y como empleada administrativa en la Caja de Ahorro. Tuvo dos hijos, Cristina y Jorge. Cristina fue secuestrada en 1976, embarazada de dos meses de su tercer hijo. Nélida se acercó a Abuelas en 1984. Desde entonces recorrió el mundo entero buscando un método científico y, cuando se definió el Índice de Abuelidad, fue una de las Abuelas que más se esforzó en que la sociedad
entendiera la magnitud de ese hallazgo. Era muy coqueta. Le encantaba salir a comer e ir al cine. Falleció el 2 de mayo de 2012 y la recordaremos siempre por su extraordinaria memoria y capacidad para divertirse.
Al momento de la publicación de este libro seguimos buscando a su nieto o nieta, que nació durante el cautiverio de Cristina, entre enero y febrero de 1977.

Para más datos, www.abuelas.org.ar, caso Santucho Navajas.

DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURA Y EDUCACIÓN
GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES